



LA DIALÉCTICA ALIENACIÓN - LIBERACIÓN. MILCÍADES PEÑA Y JOHN WILLIAM COOKE: DESDE, PERO MÁS ALLÁ DEL PROCESO DE TRABAJO

Guido Galafassi¹

*“América latina ya lo está gritando,
Es la liberación la que se va acercando
Pues hay en nuestros pueblos una inmensa fe,
La senda está trazada, nos la mostró el Che.”*

Daniel Viglietti, 1971

Introducción

Si bien la categoría alienación y su correspondiente dialéctico liberación son consustanciales al marxismo en particular y a toda teoría crítica en general, fue sin lugar a dudas en los rebeldes años sesenta y setenta cuando adquieren toda su fuerza explicativa y movilizadora en términos políticos y culturales. Es que estas categorías llegaron a adquirir, si bien no en forma mayoritaria pero sí jugando un rol importante, una profundidad tal que llegaron incluso a poner en tensión toda versión que redujera básicamente la opresión a las relaciones que se entablan en el proceso de trabajo. Es que alienación, si bien tiene su origen claro en la teoría de Marx en relación al mundo del trabajo y a la expropiación que sufre el trabajador al ser obligado a insertarse en las relaciones de producción capitalistas, contiene a su vez la potencialidad de abrir todo su abanico interpretativo a la totalidad de la vida humana abarcando así la multiplicidad de factores y mecanismos de dominación, no solo en el plano material-económico sino también, y hasta con más fuerza, en los planos ideológicos, políticos, culturales que

1. Director del Grupo de Estudios sobre Acumulación, Conflicto y Hegemonía (GEACH) <http://theomai.unq.edu.ar/GEACH/Index.htm>. Profesor Titular de la Universidad Nacional de Quilmes en el área Sociología-Departamento de Ciencias Sociales, Investigador Independiente CONICET.

articulan el significado de las conductas repetitivas de la vida cotidiana. Esto no implica dejar de reconocer que es la alienación generada por el proceso de trabajo en la sociedad capitalista aquella que ha suscitado un mayor interés por pensadores, académicos e intelectuales marxistas por cuanto es así como lo plantea centralmente Marx. Sin embargo, la alienación en el sentido cultural y político y de la vida cotidiana fue resaltada en aquellos años tanto fuera como dentro de nuestras fronteras, no solo por intelectuales y académicos sino también por múltiples expresiones del mundo del arte y la cultura así como por las manifestaciones de organizaciones y movimientos de protesta y reivindicación.

Ampliar la profundidad e implicancia del concepto alienación implica necesariamente plantear una concepción integral y dialéctica de la existencia y problemática humana en la cual las relaciones sociales de producción si bien tendrán un papel central a la hora de explicar la complejidad de la sociedad capitalista, de ninguna manera agotan ni reducen el campo de interpretación, sino que por el contrario necesitan de toda la compleja dimensionalidad política, ideológica y cultural para que se puedan entender los intrincados mecanismos que ejercen explotación y dominación, avalados y aceptados de maneras subrepticia y nunca del todo manifiesta por las masas, lo que explica su renovación constante y continuación a lo largo de los últimos siglos. Es aquí entonces donde el binomio alienación-liberación entra en juego para ayudar a comprender el múltiple proceso de la opresión de clase y de los sujetos. Será entonces necesario comenzar con un breve repaso de la noción de alienación en Marx.

La alienación en Marx: proceso de trabajo y proceso de producción

Marx es contundente respecto a cómo el proceso de producción de una sociedad de clases genera necesariamente alienación. Y específicamente se detiene en el proceso de alienación en la sociedad capitalista. Y este proceso de alienación se encuentra, a los ojos de Marx, directamente ligado a la particular forma que tiene el capitalismo de organizar la producción, pues la producción capitalista implica también una particular manera de organizar las clases sociales y su participación en los mecanismos de explotación y dominación. Producción y trabajo capitalista representan para Marx alienación, por su carácter externo y apropiado por la clase dominante. Un trabajo que resulta obligatorio al obrero debido precisamente a la forma perversa que asume la libertad en el reinado del capital. Un trabajo que le quita al hombre toda su integridad, dividiéndolo y separándolo de su creación. Un trabajo

cuyo fruto solo sirve para enriquecer a su explotador y que lo esclaviza en su condición de subordinado. Esta alienación del trabajo explicada en las propias palabras de Marx (2004):

consiste ante todo en que el trabajo es externo al obrero, es decir, no pertenece a su ser, y por tanto en su trabajo el obrero no se afirma, sino que se niega, se siente insatisfecho, infeliz, no desarrolla una libre energía física y espiritual, sino que agota su cuerpo y destruye su espíritu. Por eso sólo fuera del trabajo el obrero se siente dueño de sí, y en cambio se siente fuera de sí en el trabajo. Está en su casa si no trabaja, y si trabaja no está en su casa. Por lo tanto su trabajo no es voluntario, sino obligado. Es un trabajo forzado. No es la satisfacción de una necesidad, sino tan sólo un medio para satisfacer necesidades extrañas. Tan extraño es el trabajo, tan poco pertenece al obrero, que apenas desaparece la coacción física o de otro orden, el trabajador escapa del trabajo como de la peste. El trabajo alienado es un trabajo de sacrificio de sí mismo, de mortificación... Ciertamente el trabajo produce para los ricos cosas maravillosas, pero para el obrero, deformaciones. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja a una parte de los obreros a un trabajo bárbaro, y transforma a la otra parte en máquina. Produce cosas espirituales, pero para el obrero produce idiotismo y cretinismo.

Pero esta alienación que se corporiza férreamente en el obrero, está presente en todas las clases de la sociedad capitalista representada sin embargo bajo cualidades diferenciadas. Una clase es la promotora de la alienación y la identifica como la clase encaramada en una posición de dominación. La otra clase padece más contundentemente todas las consecuencias del proceso de alineación que le quita todos los atributos posibles para considerarse como seres humanos integrales.

La clase poseedora y la clase proletaria representan la misma alienación humana. Pero la primera se encuentra bien; esta alienación la confirma, sabe que su fuerza está allí, que en ella bebe la apariencia de un existir humano; en tanto que la segunda (el proletariado) no ve en esta alienación sino su propio anonadamiento, su impotencia y la realidad tangible de una existencia contraria al hombre [...] La propiedad privada es empujada a su propia ruina porque crea el proletariado, la miseria física y moral conscientes, una deshumanización que se conoce y tiende por ello a suprimirse (op. cit.).

Esta división de la sociedad en clases que está mediada por la explotación y la dominación distribuye obviamente las causas y las consecuencias de la alienación de manera diferenciada. Será la clase obrera en la sociedad capitalista aquella que por su propia definición padezca la mayor parte de los males de la vida en general y todos aquellos concernientes al mundo de la producción y del trabajo. Y estos males se transforman en el bienestar de las clases burguesas, dado que lo que padece el obrero constituye el acicate y el generador de la riqueza para las clases poseedoras. Es que la manufactura,

convierte al obrero en un monstruo, fomentando artificialmente una de sus habilidades parciales, a costa de aplastar todo un mundo de fecundos estímulos y capacidades, al modo como en las estancias argentinas se sacrifica un animal entero para quitarle el pellejo o sacarle el sebo. Además de distribuir los diversos trabajos parciales entre diversos individuos, se divide al individuo mismo, se lo convierte en un aparato automático adscrito a un trabajo parcial, dando así realidad a aquella desazonadora fábula de Menenio Agripa en la que aparece un hombre convertido en simple fragmento de su propio cuerpo... Los conocimientos, la perspicacia y la voluntad que se desarrollan, aunque sea en pequeña escala, en el labrador o el artesano independiente, como en el salvaje que maneja con su astucia personal todas las artes de la guerra, basta con que las reúna ahora todo el taller en un conjunto. Las potencias espirituales de la producción amplían su escala sobre un aspecto a costa de inhibirse en los demás. Lo que los obreros parciales pierden se concentra, enfrentándose con ellos, en el capital. Es un resultado de la división manufacturera del trabajo al erigir frente a ellos, como propiedad ajena y poder dominador, las potencias espirituales del proceso material de producción. Este proceso de disociación comienza con la cooperación simple donde el capitalista representa frente a los obreros individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. El proceso sigue avanzando en la manufactura, que mutila al obrero al convertirlo en obrero parcial. Y se remata en la gran industria, donde la ciencia es separada del trabajo como potencia independiente de producción y arrojada al servicio del capital. En la manufactura, el enriquecimiento de la fuerza productiva social del obrero colectivo, y por tanto del capital, se halla condicionada por el empobrecimiento del obrero en sus fuerzas productivas individuales (Marx, 1975, T. I, cap. 12).

La deshumanización que la alienación genera se origina fundamentalmente en el culto y la necesidad de dinero que el mercado capitalista genera. El circuito de la producción que gira alrededor de la mercancía esclaviza y bes-

tializa al hombre convirtiéndolo en casi nada más que un perseguidor del fruto de la economía capitalista, ennegreciendo todo horizonte de libertad humana más allá de la pura obsesión por el dinero.

El hombre se empobrece continuamente en tanto que hombre, tiene necesidad de cada vez más dinero para adueñarse de esos seres hostiles [las mercancías], y la fuerza de su dinero decrece en razón inversa a la masa de la producción, es decir que su necesidad aumenta a medida que aumenta la fuerza de su dinero. Es por ello que la necesidad de dinero es la verdadera necesidad engendrada por la economía política, la única necesidad que engendra. La cantidad de dinero se convierte cada vez más en la única necesidad esencial del hombre. La inmoderación y la falta de medida devienen de sus verdaderas medidas. En parte esta alienación del hombre se manifiesta en que engendra por un lado el refinamiento de las necesidades y de los medios para satisfacerlas y, por otro lado, la bestialización, la simplificación grosera y abstracta de las necesidades [...] Para el obrero, incluso la necesidad de aire puro y libre deja de ser una necesidad. El hombre se acostumbra a habitar cavernas que están envenenadas por el aroma pestilente de la civilización [...] La suciedad, ese signo de la caída y de la degradación del hombre, los excrementos de la civilización, se convierten en el medio vital del obrero [...] El hombre no solamente deja de tener necesidades humanas, sino que pierde sus necesidades animales, porque el salvaje o el animal tienen pese a todo la necesidad de cazar, de moverse (Marx, 2004:16).

Es que el capital le ha quitado a la vida todo entusiasmo, toda posibilidad de goce más allá de la apetencia individual por riqueza material. Ha llevado al extremo el ideal de acumulación cercenando aquello por lo cual decía luchar la modernidad a partir de sus supuestos ideales. El capital y su vocación mercantil han aniquilado toda esperanza de libertad integral al reducir a esta a una pura libertad económica, haciendo de la competencia en el mercado el exclusivo inspirador de la existencia humana. En síntesis, el capital

ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballescresco y el sentimentalismo filisteo en las aguas heladas del cálculo egoísta. El capital ha convertido el valor personal en valor de cambio y ha sustituido un sinfín de libertades inalienables y particulares por una sola libertad espeluznante: la libertad de comercio. En una palabra, ha cambiado la explotación velada por las ilusiones políticas y religiosas por una explotación brutal, directa desnuda y desvergonzada (Marx y Engels, 2004).

El planteo de la alienación en la Argentina de los años '60: Milcíades Peña y John William Cooke

Hemos utilizado las palabras alienación y desalienación. Estas dos palabras sintetizan los dos conceptos fundamentales del marxismo. El concepto de alienación y de la lucha por la desalienación son la esencia, el corazón del pensamiento marxista.

Milcíades Peña comienza con esta contundente y clara afirmación una de los principales apartados de sus notas sobre la "Introducción al pensamiento de Marx", curso que dictara en 1958 en la Universidad de Buenos Aires. La centralidad del binomio alienación-desalienación es clave y deja en segundo plano cualquier otra interpretación parcializada del marxismo. Avanzando en sus precisiones agrega: "alienación quiere decir que el hombre está dominado por cosas que él creó. Alienación quiere decir que el hombre ha proyectado partes de sí mismo, las ha transformado en cosas, y que esas cosas dominan al hombre." Tomando a Marx literalmente (tomo I El Capital), menciona la evolución de los procesos de alienación de lo religioso a lo productivo,

"la acción conjunta de los individuos" –dice Marx- "va creando mil fuerzas productivas. Pero una vez creadas, estas fuerzas dejan de pertenecer a los que la crean, se les vuelven hostiles y los tiranizan". "Así como en las religiones el hombre está dominado por las criaturas de su propio cerebro, en la producción capitalista lo vemos dominado por los productos de su propio brazo" -El capital, I-. Los precios de las mercancías "cambian constantemente, sin que en ello intervengan la voluntad y el conocimiento previo ni los actos de las personas entre quienes se realiza el cambio. Su propio movimiento social cobra a sus ojos la forma de un movimiento de cosas bajo cuyo control están, en vez de ser ellos quienes lo controlen" -El capital, I- (Peña, 1958:11).

Es decir que en primer lugar la alienación no es una característica exclusiva del capitalismo y en segundo lugar las características del proceso de alienación es inherente al desarrollo histórico de la sociedad. Al desarrollarse ampliamente las fuerzas productivas en el capitalismo, la alienación estará cada vez más en relación directa con el dominio que las cosas ejercen sobre los hombres, cosas que esos hombres mismos crearon previamente pero que se les terminaron escapando de su control. Es así entonces, que la desalienación se desprende fácilmente de este enunciado al sostener Milcíades Peña que,

Desalienación quiere decir que el hombre ponga bajo su control esas cosas que le oprimen y que son partes de sí mismo, productos de su trabajo. Desalienación quiere decir que, al dominar esas partes de sí mismo que se han convertido en cosas que hoy lo oprimen, el hombre se reencuentre consigo mismo, se rescate a sí mismo (op. cit.:11).

Siguiendo luego la caracterización de las tres realidades a las que el hombre está ligado y que Marx desarrollara, por ejemplo, en “La Ideología Alemana”, Milcíades Peña deriva el origen de la alienación de estos tres momentos. Los objetos que el hombre produce, más precisamente en el momento en que comienza la producción de mercancías, escapan al control del productor que ya no los consume el mismo, adquiriendo independencia y dominando a los hombres a través de la ley del valor, del precio y del dinero. Pero esta producción de objetos bajo la forma de mercancía se ve a su vez atravesada por la producción de otros hombre y por la división del trabajo, la que se profundiza más y más a medida que se complejizan las relaciones sociales, las relaciones técnicas de producción y la emergencia de nuevas necesidades. Y con la división del trabajo “comienza el desarrollo unilateral del hombre” al tener cada uno una posición determinada en la esfera de la producción y de las relaciones sociales. Y al sucederse y desarrollarse estos procesos a lo largo de la historia,

Se acentúa la unilateralidad del desarrollo de cada hombre. El hombre se aliena respecto de sus obras, de las cosas que él creó, es decir, se le aparecen como objetos extraños regidos por leyes propias que se le imponen pese a su voluntad. Y finalmente, al dividirse la sociedad en clases, el hombre se aliena respecto de sí mismo, y se produce la alienación entre el hombre y el hombre (op. cit.:12).

Basándose en los *Manuscritos*, Milcíades Peña ahonda en el proceso de alienación derivado de la cosificación del trabajo y del mundo devenido en mercancía producto de la sociedad capitalista. El proceso de alienación del hombre es intrínseco al proceso de alienación del trabajo. Todo el resultado del trabajo del hombre ya no solo se le aparece como una cosa extraña al trabajador, sino que además el producto de su trabajo se convierte en un poder ajeno, en el poder de otros hombres, de otra clase que lo dominan.

Ya no sólo los productos de su trabajo aparecen ante el hombre como cosas y poderes extraños. Ahora es su propio trabajo el que le resulta algo extraño, externo. El hombre ya no trabaja porque trabajar es la

esencia humana y sólo en el trabajo se realiza el hombre. Ahora el hombre alienado trabaja para vivir” (op. cit.:12).

Apelando a una de las máximas marxistas en tanto caracterización del hombre como ser social que se realiza a través de lo que hace (y no solo de lo que piensa, alejándose así de toda concepción idealista simplificada), ve al trabajo justamente como una parte esencial de la condición humana. Es así que la alienación moderna capitalista constituye la desfiguración de esta condición al alienarse el hombre en el trabajo y transformarse este en pura subsistencia. “El trabajo ya no es la condición y el supuesto superior de la vida, sino que es simplemente un medio, un instrumento, no para realizar la vida sino para satisfacer las necesidades biológicas más importantes (op. cit.:12).”

A partir de la alienación, Peña destaca la permanencia que implica plantear en términos de praxis la dialéctica explotación-dominación a lo largo de toda la obra de Marx. La centralidad del concepto de alienación es clave para Milcíades Peña a la hora de desmentir aquel prejuicio extendido respecto a las diferencias entre las obras tempranas y las maduras en Marx, entre el Marx humanista y el Marx científico. “Pues bien: como ya dijimos, la teoría de la alienación no es una cosa de la juventud de Marx, que Marx después haya dejado de lado. La teoría de la alienación impregna todo el pensamiento de Marx en todos sus momentos” (op. cit.:16). Peña se encargará precisamente de rastrear el pensamiento de Marx sobre la alienación tanto en los “Manuscritos”, catalogados como expresión del Marx filosófico y joven, como en el propio “Capital”, identificado siempre, y más por aquellos años, como la obra de madurez de Marx, en la cual abandonaba toda especulación intelectual, para adentrarse en el estudio “científico” de la economía capitalista. Peña desmitificará precisamente esta interpretación positivista, trazando algunas bisectrices iniciales para ubicar al concepto de alienación como un entramado interpretativo de la dialéctica de la alienación/liberación del hombre. Esta alienación es una complejización de la opresión, la cual se expresa en múltiples dimensiones, no solo en lo económico-material, sino también en el plano político, cultural y de la vida cotidiana. Pero esto de ninguna manera implica que Peña se descentrará demasiado del núcleo de origen de la alienación planteado por Marx, sino que por el contrario, destacará la importancia que Marx le asigna al proceso de alienación que surge de la primaria división de la sociedad en clases de explotadores y explotados y que se perfecciona en las relaciones capitalistas de producción, para desde aquí dejar planteado la compleja cobertura del proceso de enajenación en consonancia con su mirada dialéctica y profunda del marxismo. Central será entonces el carácter de mercancía que adquiere el trabajo bajo el capitalismo,

entidad que engloba en si misma el proceso de enajenación, tanto por las relaciones sociales de la producción como por las características técnicas de la organización del capital. Así destacará Peña lo escrito por Marx y Engels en el “Manifiesto Comunista” en 1848:

El obrero, obligado a venderse en trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta por tanto a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado. La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. (...) Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de soldados, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del Estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contraamaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y ese despotismo es tanto más mezquino, más execrable, cuanto mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro (op. cit.:17).

Peña remarca la permanencia en el Marx “maduro” del pensamiento sobre la alienación, destacando varios pasajes de su *Discurso en el People’s Paper* de 1856. Incluso Peña destaca la utilización de la misma lógica de razonamiento y expresión al decir que “es el mismo lenguaje de los Manuscritos económico-filosóficos de 1844, donde se formula la teoría de la alienación” (op. cit.:17).

Destaca Milcíades Peña de este texto de Marx, el carácter contradictorio del desarrollo capitalista y la vorágine en que todo cambia y que al mismo tiempo que trae mejoras sustanciales, denigra la condición humana,

En nuestros días, todo parece estar preñado de su contrario. A la maquinaria, dotada del maravilloso poder de acortar y justificar el trabajo humano, la vemos hambrearlo y recargarlo. Por un extraño y horripilante hechizo, las fuentes de riqueza recién nacidas se transforman en fuentes de necesidad. Las victorias de la técnica parecen tener por precio la pérdida de carácter. Al mismo tiempo que la sociedad mina a la naturaleza, el hombre parece volverse esclavo de otros hombres o de su propia infamia (Marx, 1856).

Y esta continuidad de la noción marxista de alienación se expresa en conjunción con la explicación general del funcionamiento del capitalismo en la obra que se mantiene hasta hoy como el núcleo fundamental de la praxis superadora de las prácticas de explotación y dominación de la economía de mercado. “El Capital”, escrito en la madurez de Marx, según esa división dicotómica que, como ya dije, para Milcíades Peña no tiene sentido, representa la culminación de todas las expresiones previas sobre la alienación.

Y finalmente, es en El capital, en esta obra que corona el pensamiento marxista, en El capital, escrito no en la juventud sino en la más alta madurez de Marx, en El capital que sale a la luz en 1867, 23 años después de los Manuscritos, donde encontramos a cada paso la crítica a la alienación y el impulso hacia la desalienación del hombre, que es el motor del pensamiento marxista (Peña, 1958:18).

No será necesario para Peña que Marx apele expresamente al término alienación, sino que lo que rescatará es la esencia misma del concepto referida básicamente a la enajenación presente en el proceso de trabajo.

Nos encontramos, en primer lugar, con la verdad, hartamente fácil de comprender, de que el obrero no es, desde que nace hasta que muere, más que fuerza de trabajo; por tanto, todo su tiempo disponible es, por obra de la naturaleza y por obra del derecho, tiempo de trabajo, y pertenece, como es lógico, al capital para su incrementación. Tiempo para formarse una cultura humana, para perfeccionarse espiritualmente, para cumplir las funciones sociales del hombre, para el trato social, para el libre juego de las fuerzas físicas y espirituales de la vida humana, incluso para santificar el domingo –aun en la tierra de los santurriones, adoradores del precepto dominical-: ¡todo una pura pamema! (El capital, I, cap. 8).

Los medios de producción se transforman inmediatamente en medios destinados a absorber trabajo ajeno. Ya no es el obrero el que emplea los medios de producción, sino éstos los que emplean al obrero (Marx, 1975, T. I, cap. 9).

Es así que podemos enunciar nuevamente que si bien Milcíades Peña ilumina claramente y abre las puertas a un concepto de alienación abarcador y pleno que tome la multiplicidad de expresiones de la vida humana, se centrará fundamentalmente en el origen del proceso de alienación concentrado en la producción y en el trabajo, por cuanto serán los escritos de Marx

su fuente casi única. Igualmente Peña nos demuestra, a lo largo de todo el resto del texto citado, su énfasis en discutir con toda variante reduccionista y economicista del marxismo, pelea fundamental por aquellos años. Será esta concepción dialéctica del materialismo histórico lo que lo llevará a otorgarle precisamente al concepto de alienación una centralidad claramente marcada y esto lo que me interesará retomar más adelante.

Por su parte, John William Cooke recuperará también el concepto de alienación al responder a una requisitoria que la revista “La Rosa Blindada” (1965, 6:16) hiciera a varios intelectuales de izquierda de la época. El objetivo de la convocatoria editorial fue lanzar un debate alrededor de las *Bases para una política cultural revolucionaria*, que implicaba según las propias palabras de los editores “reabrir la discusión, de buscar caminos que coloquen a los hombres de la cultura, o a lo más creador de la cultura misma, en el campo de la revolución”. Esta revista que llevó su nombre en base a un poema de Raúl González Tuñón como homenaje a la guerra civil española se editó entre 1964 y 1966 por parte de una serie de intelectuales, artistas y académicos comprometidos vinculados en principio al Partido Comunista. Intentó llevar adelante un proceso de renovación ideológica, intelectual y de integración de perspectivas que la fueron autonomizando cada vez de la más rígida mirada partidaria. Pretendía organizar una labor de recuperación de la capacidad crítica sobre la mirada socialista y la teoría marxista sometiéndolas a las actualizaciones indispensables que los procesos de movilización, protesta y revolucionarios de la época imponían. El diálogo con Cooke representa este intento de apertura y de exploración de las nuevas perspectivas que la izquierda estaba explorando por aquellos años. La opinión de Cooke se publicó en el número 6 de la “Rosa Blindada”, editada en septiembre-octubre de 1965 y se orientó a polemizar sobre el proceso que abarca, en palabras del propio autor, la lucha por desplazar del poder a las clases dominantes y la subsecuente toma del poder por parte de la clase trabajadora para la construcción de la sociedad nueva. Para esto, antes que nada apela a la conjunción dialéctica de teoría y praxis, de cultura y política revolucionaria, como guía fundante de todo análisis, deslindándose así de las miradas más reduccionistas y positivistas del marxismo. Y será desde este objetivo y esta premisa que apelará inmediatamente al concepto de alienación para abordar la problemática de la cultura recurriendo a lo que él considero las bases del marxismo que conllevan buscar las claves de la acción cultural tanto en la teoría general del socialismo como en la correcta interpretación de lo concreto nacional.

Estamos obligados a detenernos en un repaso de la categoría marxista de “alienación”, a partir de la cual se puede pasar a la tipicidad de la alienación cultural argentina no como caso particular de sociedad capitalista clásica sino como país dependiente económica y culturalmente, para recién proponer las bases para superarla (Cooke, 1965:17).

Paso seguido se dedica a criticar fundamentando la división entre el joven Marx, humanista y el viejo Marx, científico; denostando toda la doctrina del marxismo “oficial” –stalinista- considerada por Cooke como sesgada hacia un “estrecho economicismo de filiación positivista” que lejos estuvo de considerar como válida la categoría alienación. En este sentido entonces es que rescatará tanto a Lukács, como a Lefebvre y Gramsci por incluir, cada uno a su modo, el concepto de alienación en su matriz de pensamiento crítico de la sociedad capitalista (Op. cit.: 18).

Distingue subsiguientemente la categoría “enajenación” en tanto sinónimo de alineación, como aquella condición que mientras para Hegel será una relación absoluta de sujeto a sujeto, para Marx se expresará en las relaciones concretas del hombre, pudiendo desentrañarse a partir del hecho económico real del trabajo en la sociedad capitalista. A partir de la naturaleza que el hombre transforma por medio del trabajo, se objetiva satisfaciendo sus necesidades al mismo tiempo que materializa en los objetos creados sus ideas, sus fines y su voluntad.

Y su riqueza como ser humano es mayor en la medida en que además de objetos con utilidad material (vale decir: aptos para satisfacer una necesidad determinada), produzca otros que eleven su capacidad de expresión, testimonien su mundo interior (obras de arte) o satisfagan necesidades más alejadas del nivel de subsistencia orgánica (Op. cit.:19).

Este pasaje de Cooke es importante por cuanto partiendo del ámbito de la transformación de la naturaleza por medio del trabajo (además de desmentir las interpretaciones actualmente en boga del metabolismo funcional de tinte “marxista”), logra sencillamente conjugarlo con el plano de la cultura, con la dimensión “superestructural” como una expresión de síntesis dialéctica de la existencia. Retomando el hilo inicial de este párrafo y continuando con la comparación que Cooke hace entre Hegel y Marx y una vez deslindada la equiparación que hace Hegel entre trabajo, enajenación y objetivación al considerar a la esencia humana como puramente espiritual, subraya que para Marx si bien todo trabajo es objetivación, de ninguna manera todo trabajo es

enajenación. Por cuanto el trabajo implica el trascender la inmediatez natural hacia lo humano, pero sitúa al trabajo en el proceso histórico en lugar de tomarlo en abstracto.

Mientras Hegel “solo ve el lado positivo del trabajo” -como medio de que el hombre cobre conciencia de su humanidad-, Marx no abstrae al trabajo como “el ser del hombre”, como “su esencia”, sino que mira la situación del trabajador. Y la “enajenación” o “alienación” recién aparece en determinada situación histórica; no es una desventura del espíritu, sino una forma concreta de las relaciones de la sociedad: cuando su trabajo deja de ser la forma de ascender de lo natural a lo humano, cuando sus productos no le pertenecen y ya no se reconoce en ellos sino que son “extraños”, “ajenos” a él (Op. cit.:19).

Y será a partir de la mercancía que la enajenación se concreta. Tanto el producto del trabajo como mercancía, como el obrero mismo como mercancía al crear riqueza para otros hombres. Cuanta más riqueza crea el obrero más se empobrece a sí mismo. Citándolo a Marx agrega Cooke que “a medida que se valoriza el mundo de las cosas se desvaloriza, en razón directa, el mundo de los hombres”. El obrero se convierte en mercancía en el ciclo capitalista de producción, alienándose así en su propia vida, pues el “trabajo libre” pierde inmediatamente su condición, alejando toda posibilidad de emancipación del trabajador al recluirlo solamente en la formalidad institucional. Es que el trabajo formalmente libre en la sociedad capitalista no es otra cosa que trabajo para otros.

El trabajo, lejos de servir a sus necesidades humanas, se convierte para el obrero en una esclavitud, en una actividad que cumple obligada y penosamente. En este trabajo se siente “fuera de sí mismo”, y sólo fuera del trabajo se siente dueño de sí. La “exterioridad” de ese trabajo se le revela al obrero en el hecho de que no es algo suyo sino de otro; no le pertenece, y él mismo, en el trabajo, no se pertenece a sí mismo sino que pertenece a otro (Op. cit.:20).

A partir de esta aludida caracterización del trabajo capitalista como origen fundamental de la alienación en la sociedad moderna que Cooke logra avanzar más allá del mundo de la producción. Interpreta la vida entera del hombre en tanto inserta en un entramado de alienación que gira originalmente alrededor del proceso de trabajo pero que se extiende a la plenitud de su existencia y que condiciona la propia supervivencia.

En el capitalismo, el trabajo no es la satisfacción de una necesidad, sino el medio de satisfacer la necesidad primaria de conservar la existencia física del obrero: “la vida misma aparece como medio de vida”. El hombre, ser consciente, hace de su actividad vital, de su esencia, un medio para su existencia. El trabajo enajenado, al arrebatarse al hombre el objeto de su producción, lo despoja de su vida genérica. El ser genérico del hombre se convierte así en un ser extraño a él, en un medio para su existencia individual: enajena al hombre su propio cuerpo y la naturaleza que le pertenecía, que era parte de él. Consecuencia es, también la enajenación del hombre con respecto al hombre: al enfrentarse el hombre a sí mismo, se enfrenta también al otro hombre (Op. cit.:20)

De la alienación a la desalienación y liberación

Pensar en alienación implica dialécticamente pensar en su superación que está dada primigeniamente por la desalienación, lo que implica pensar en la liberación del hombre, en la libertad humana. El principio básico del marxismo es entender los mecanismos de opresión para de esta manera poder definir cómo debe ser el proceso de liberación. Y si bien el proceso de opresión en la sociedad capitalista tiene su origen primero en la alienación a través del proceso de trabajo, toda la trama de relaciones sociales, en el trabajo y mucho más allá del trabajo, está impregnada de mecanismos de opresión y por lo tanto de alienación. Marx orientó toda o casi toda su acervo de reflexiones, a la crítica necesaria del proceso de producción y de trabajo, analizando así el origen primero de la alienación moderna. Aunque dejó abierta la puerta para entender la complejidad que asume el proceso de alienación y de desalineación/liberación. Proceso compuesto y de múltiples dimensiones que implica necesariamente partir de la toma de conciencia de la clase, lo que significa asumir la condición de clase oprimida, condición sin la cual será imposible iniciar toda liberación.

Si los escritores socialistas asignan al proletariado este papel en la historia universal, no es [...] porque le tengan por una divinidad. Al contrario. Es porque la desaparición de toda humanidad, de toda sombra de humanidad, está prácticamente realizada en el proletariado, es por eso que éste puede y debe liberarse a sí mismo; porque sus condiciones de vida presentes resumen toda la inhumanidad de su vida; porque el hombre, en el proletariado, está perdido, pero ha adquirido no sólo la conciencia teórica de esta perdición sino hasta los estímulos

que le llevaron a rebelarse contra la inhumanidad [...] Pero no puede libertarse sino suprimiendo sus propias condiciones de vida, y con ello la inhumana situación de toda la sociedad presente, que se resume en la suya (Marx, 2013).

Milcíades Peña veía al marxismo como la herramienta fundamental para desentrañar la alienación y conducir, en consecuencia, al hombre a su liberación. Para Peña, el marxismo

afirma que el sufrimiento y la explotación del ser humano existen porque todavía no es plenamente humano, porque se ha alienado, y sólo dejarán de existir cuando el hombre sea plenamente hombre y se desaliene. Por eso habla [...] del rescate del hombre, del reencuentro del hombre con sus nuevas cualidades. Alienación y desalienación [...] sintetizan los dos conceptos fundamentales del marxismo, la esencia, el corazón del pensamiento marxista (Peña, 1958:10).

Peña rescata así al marxismo crítico, dialéctico, dejando de lado su manifestación reduccionista

los clásicos marxistas insisten decisivamente en que la libertad del hombre es la aspiración fundamental del marxismo. El marxismo quiere hombres plenamente humanos, libres de fetiches opresores. Mejorar el nivel de vida es un paso absolutamente necesario, y el primer paso hacia esta liberación del hombre, pero sólo el primer paso (op. cit).

Es por esto que para Peña, que define al marxismo en término de tres aspectos (concepción del mundo, crítica a la sociedad y programa de lucha para transformarla), considera su praxis al afirmar que tiene como

objetivo único y decisivo [...] la lucha para desalienar al hombre, la aspiración a rescatar para el hombre la plenitud humana. En el marxismo, todo lo demás son sólo medios para este fin. El desarrollo material de las fuerzas productivas [...] la liquidación del capitalismo [...] el ascenso de la clase obrera al poder [...] es fundamental y está muy bien [...] Pero, para el marxismo, éstos son medios y nada más. Porque lo que el marxismo quiere –y esto es su esencia- es un nuevo tipo de relaciones entre los hombres, en las que los hombres no estén dominados por cosas ni fetiches, en las que el hombre sea el amo absoluto de sus facultades y productos, y no esclavo de la

mercancía y el dinero, de la propiedad y el capital, del Estado y la división del trabajo (op. cit.:15).

El concepto de alienación y su contraparte dialéctica liberación nos lleva necesariamente a detenernos aunque más no sea por un momento en Ernesto Che Guevara. Es que frente a las concepciones más “clásicas” que enfatizaban la necesidad del desarrollo de las contradicciones materiales y objetivas como vector motorizador de la historia, el Che resaltaba de forma permanente la importancia que asumía la subjetividad, la conciencia, la voluntad de los sujetos, en fin, la concepción de que los hombres son aquellos que hacen su propia historia, como antes ya lo había afirmado Antonio Gramsci. Es así que el proceso revolucionario no descansaba como único aliciente en las condiciones materiales de explotación, sino que estas son la justificación para emprender el camino del cambio radical a partir de la puesta en acto de la decisión transformadora, previo conocimiento de los mecanismos de la dominación. De aquí nace la concepción del *Hombre Nuevo*, en tanto componente subjetivo fundamental para abandonar las viejas prácticas y poder construir así la nueva sociedad sin explotación ni dominación. En “*El socialismo y el hombre en Cuba*” Ernesto Guevara sostiene claramente que “para construir el comunismo, simultáneamente con la base material hay que hacer el hombre nuevo”.

Es que no serán solo los mecanismos materiales de opresión aquellos contra los que hay que luchar. Es así como el concepto de alienación excede la base económica y se erige como constructora de conciencias oprimidas, de conciencias que aceptan y legitiman la explotación, de tal manera que esta se vuelve invisible.

El socialismo económico, sin la moral comunista no me interesa. Luchamos contra la miseria, pero al mismo tiempo luchamos contra la alineación. [...] Si el comunismo descuida los hechos de conciencia puede ser un método de repartición, pero deja de ser una moral revolucionaria. (Guevara, 1963).

Sus propuestas concretadas de trabajo voluntario en el marco de la reconstrucción cubana post-revolución pueden ser entendidas como medidas clarificadoras, concibiéndolas como la posibilidad de crear una nueva calidad de trabajo. Un trabajo no enajenado, donde el hombre pueda reconocerse en su creación, que es la creación de la comunidad a la que pertenece, no vendiendo ya, bajo la apariencia de libertad, su fuerza de trabajo como mercancía apropiada por el capital.

A propósito del trabajo como mercancía, expresión contundente del proceso de alienación, es importante rescatar algún pasaje del pensamiento de Carlos Astrada, intelectual argentino contemporáneo de la época aquí analizada e integrante nodal del marxismo crítico. Dice Astrada (1964: 25):

En la época del alto capitalismo, el hombre implicado en las relaciones económicas deviene un factor cásico, como resultado de la concurrencia y de la competencia. Surge así, como lo ha visto Marx, el “fetichismo de la mercancía”.

Y para entender primero y contrarrestar luego este fetichismo, que es la base de toda alienación, Astrada nos remite de manera inteligente a la dialéctica entre libertad y necesidad. Esto implica necesariamente una concepción de hombre que va en sintonía con el debate por el que estoy tratando de discurrir, al resaltar la doble condición simultánea de objetividad y subjetividad del acontecer humano, condición indispensable para poder abordar una interpretación y explicación no mecanicista de la existencia humana asentada en la dupla alienación-liberación.

[...] esta concepción del hombre y su libertad en función de necesidad y libertad, vínculo que es el impulso para la progresión de un humanismo histórico, ha sido el acaecer real. De este modo surge el humanismo marxista, centrado en la concepción dialéctico- materialista de la libertad y necesidad (1965:13).

Una clara concepción dialéctica del materialismo que lo emparenta obligatoriamente con una mirada humana, pasando a ser el sujeto humano el eje del desarrollo histórico y no un simple componente determinado por el proceso objetivo de la dinámica social. Se vale directamente de Marx cuando lo cita textualmente:

Más allá del reino de la necesidad comienza el desarrollo de las fuerzas humanas, las que valen como un fin en sí mismo, comienza el reino de la libertad, el que, empero, sólo puede florecer sobre el reino de la necesidad como sobre su base (Das Kapital, p. 716, Kroner Verlag).

Inmediatamente Astrada (1965:13) recurre a Engels para completar su argumento sobre las características que asume la libertad para el hombre:

La libertad no reside en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad dada con éste de

hacerlas obrar conforme a un plan para determinados fines [...] La libertad consiste en el dominio sobre nosotros mismos y sobre la naturaleza externa, fundado en el conocimiento de las necesidades naturales, ella es, por tanto, necesariamente un producto de la evolución histórica (Herrn Eugen Dührings *Umwälzung der Wissenschaft*, p. 118, ed. Mega).

Volviendo a Cooke, la problemática de la libertad y el dominio retorna necesariamente en el análisis de la alienación. Porqué en definitiva, quien domina a quien es el eje fundamental en la cuestión de la alienación. Solo si el ser humano puede dominar las fuerzas que organizan su actividad ganará la libertad, pero es claro que en la sociedad capitalista –como en toda sociedad de clases- ocurre esencialmente lo contrario. Cooke lo expresa claramente.

En la sociedad capitalista la actividad humana se ordena en torno a una organización que escapa a su control porque las categorías de la economía burguesa (cambio, valor, mercancía, dinero, capital, etc.) no revelan sino que ocultan la naturaleza social de la producción y las relaciones reales entre los miembros de la comunidad. Las estructuras sociales, fruto de la acción de los hombres, adquieren autonomía con respecto a ellas y se desenvuelven de acuerdo a sus propias leyes internas. Todas las formas sociales parecen tener una existencia natural, más allá de la voluntad humana; el Estado, el Derecho, la moral, las ideologías aparecen envueltas en resplandores de eternidad (Cooke, 1965:21).

Es por esto, que unos párrafos más adelante ilumina sobre la integralidad del proceso de alienación, el cual, como se viene diciendo, no puede circunscribirse al mundo de la producción material, sino que por el contrario abarca la multiplicidad de relaciones sociales.

La categoría de ‘alienación’ tiene un valor instrumental que estoy tratando de registrar en toda su magnitud, especialmente en aquellas aspectos que se conectan directamente con el ámbito superestructural de la cultura (Cooke, 1965:21).

Y por aquellos años existió también un movimiento de las ideas, las expresiones culturales y las acciones que giraba en torno a la condición de opresión y dependencia no solo de la clase como tal sino también de América Latina y todo el Tercer Mundo en términos socioculturales. Este conjunto de pensamientos y expresiones (que en este artículo solo men-

cionaré para dejar asentada su existencia que marcaba un clima de época) iban también en el camino de pensar y reflexionar la alienación, por cuanto ampliaban el horizonte de la explotación económica a las relaciones de dominación política y cultural. Así lo exteriorizaron claramente toda una serie de manifestaciones culturales de la época, ya sean publicaciones periódicas en tanto expresiones intelectuales y artísticas como las revistas “Contorno”, la ya citada “La Rosa Blindada”², “Pasado y Presente”, “Fichas”, etc. (Galafassi, 2016 y Malach, 2017); o producciones de arte directo como el Tucumán Arde, el Grupo de Cine Liberación, Los realizadores de Mayo, o en parte, el propio Di Tella, etc. (Longoni y Mestman, 2000; Getino y Velleggia, 2002) Economía, política, sociedad, cultura y arte eran vistos como las dimensiones diversas de una existencia múltiple y dialéctica la cual debía ser tratada en toda su integralidad para desarraigar los procesos de opresión, dominación y alienación.

Y más explícitamente y como contraparte necesaria de pensar la opresión, se reflexionaba e intentaba actuar a partir de pensar y gestar un proceso de liberación. En este sentido, surge un movimiento en la filosofía que hace precisamente hincapié en la reflexión sobre este último, y que será necesario profundizar en próximos trabajos. Esta filosofía de la liberación, que se situaba en tanto agente reflexivo en el eje latinoamericano, planteaba justamente la integralidad del proceso de opresión lo que equivalía a argumentar también sobre la liberación en tanto significativo abarcador. Es la noción de la conquista, del ego y del poder dominador los que serán antes que nada cuestionados, para plantearse la liberación desde el otro, oprimido (alienado).

Sin lugar a dudas un nuevo estilo de pensar filosófico ha nacido en América Latina. No se trata ya de un pensar que parte del ego, del yo conquistado, yo pienso o yo como voluntad de poder europeo imperial (teniéndose en cuenta que Estados Unidos y Rusia son las dos prolongaciones del hombre moderno europeo). Es un pensar que parte del oprimido, del marginado, del pobre, desde los países dependientes de la Tierra presente. La filosofía de la modernidad europea constituyó como un objeto o un ente al indio, al africano, al asiático (Ardiles et al, 1973).

Y pensar desde el otro, desde el oprimido, implica repensar todas las categorías culturales, políticas y económicas ligadas a la dominación desde una praxis que conlleva, como toda tarea liberadora, un proceso de destrucción y de construcción en correlación dialéctica.

2. Ver revista Prosódica nº 1 y 3 (2016-17)

La filosofía de la liberación pretende pensar desde la exterioridad del Otro, del que se sitúa más allá del sistema machista imperante, del sistema pedagógicamente dominante, del sistema políticamente opresor. Una filosofía que tome en serio los condicionamientos epistemológicos del pensar mismo, los condicionamientos políticos de un pensar latinoamericano desde la opresión y la dependencia no puede ser sino una filosofía de la liberación. En América Latina, y muy pronto en África y Asia, la única filosofía posible es la que se lanza a la tarea destructiva de la filosofía que los ocultaba como oprimidos y, luego, al trabajo constructivo, desde una praxis de liberación, del esclarecimiento de las categorías reales que permitirán al pueblo de los pobres y marginados acceder a la humanidad de un sistema futuro de mayor justicia internacional, nacional, interpersonal. La filosofía de la liberación sabe que las opciones políticas, pedagógicas, eróticas previas al pensar son determinantes, y por ello les presta atención primera. La ontología abstracta deja así de ser el origen y cobra en cambio fisonomía de *philosophia prima* la política como posición primera del hombre ante el hombre, de la Totalidad ante la Alteridad, de Alguien ante Alguien otro (Ardiles et al, 1973).

A modo de cierre

Pensar en alienación y su contraparte desalienación/liberación solo es posible entonces si se abandona toda tendencia reduccionista del análisis, tendencia en la cual recaen muchas interpretaciones desde el marxismo. La categoría alienación tiene la potencialidad de dotar al marxismo de todo su bagaje dialéctico que lo diferencia no solo del idealismo abstracto individualista sino también de todo materialismo vulgar, mecanicista y economicista. Alienación y liberación nos llevan necesariamente a centrar la mirada en la creatividad humana y en su posibilidad de liberarse de las estructuras que lo condicionan. Pero esto necesariamente conlleva una toma de posición clara y contundente respecto a la definición humanista de la existencia en la búsqueda de la libertad a partir de un cambio profundo, lo que de ninguna manera implicaba perder la claridad respecto al sujeto capaz de generar ese cambio.

Finalmente, y aunque eso forma parte todavía del reino de la esperanza, el contenido humanista de la construcción de la nueva sociedad después del triunfo revolucionario debe estar en el espíritu de todas las fases de su política, dando lucidez a la justa violencia de los que se rebelan buscando la libertad. Ese humanismo, por cierto, es ínsito a la

clase trabajadora, y no condicionado por la reaparición teórica de la categoría de la enajenación. Sin embargo, ésta lo enriquece y esclarece muchas facetas de las relaciones humanas. Y en todo caso, es parte de la valoración que hagamos de la experiencia revolucionaria mundial, tanto al considerar las negaciones de hecho de ese humanismo como para percibir las causaciones alienantes en los grandes errores y desviaciones (Cooke, 1965:169).

Como entender el materialismo será al fin de cuentas el punto de inflexión a partir del cual interpretar toda forma de alienación y su salida a través de la liberación. Si el lenguaje condiciona, entonces una explicitación de lo que implica un materialismo crítico se hace necesario, no ya como negación de todo idealismo sino como superación dialéctica de la dicotomía que divide y separa el pensar del actuar. Si Gramsci lo pensaba como praxis, Milcíades Peña (1958:24) lo planteaba con toda claridad al separarse de esa dicotomía paralizadora, concibiendo al hombre en toda su capacidad creadora.

Enfoquemos ahora el tema del materialismo. “El materialismo inteligente -dice Lenin- se halla más cerca del idealismo inteligente que del materialismo necio”. Esto es así porque el marxismo tomó como elemento esencial la actividad creadora del hombre –que es el tema en el que ha insistido el idealismo- y rechaza absolutamente la concepción del hombre como mero ente totalmente producido por circunstancias externas, que es lo que cree el materialismo vulgar.

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

ARDILES, Osvaldo; Hugo ASSMANN; Mario C. CASALLA; Horacio C. CERUTTI GULDBERG; Carlos CULLEN; Enrique D. DUSSEL; Aníbal FORNARI; Daniel E. GUILLOT; Antonio E. RIÑEN; Rodolfo KUSCH; Diego PRO; Agustín T. de la RIEGA; Arturo A. ROIG; Juan Carlos SCANNONE: **Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana**. Buenos Aires, Ed. Bonum, 1973.

ASTRADA, Carlos: **Humanismo y Alienación**. Bs.As., Ed. Devenir, 1964.

COOKE, John William: “*Bases para una política cultural revolucionaria*”. **La Rosa Blindada**, año 1, n° 6, 1965, pp. 16-22.

GALAFASSI, Guido: “*Contorno. Compromiso y denuncia en los años ‘50’*”. **Prosódica, arte y pensamiento desde los márgenes**, n° 1, 2016. <http://theomai.unq.edu.ar/prosodica/numero1.html>

- GETINO, O. & VELLEGGIA, S.: **El cine de las historias de la revolución**. Buenos Aires, Altamira, 2002.
- GUEVARA, Ernesto: **Entrevista con Jean Daniel para "L'Express"**, 25 de julio de 1963.
- ___: **El socialismo y el hombre en Cuba**. Montevideo, semanario Marcha, 1965.
- LA ROSA BLINDADA: año 1, nº 6, Buenos Aires, septiembre-octubre de 1965.
- LONGONI, Ana & Mariano MESTMAN: **Del Di Tella al "Tucumán Arde"**. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000.
- MALACH, Manlio: "*La Rosa Blindada. Arte comprometido y proyecto emancipador*". **Prosódica, arte y pensamiento desde los márgenes**, nº 3, 2017. <http://theomai.unq.edu.ar/prosodica/numero3.html>
- MARX, Karl: **El capital**. México, Siglo XXI, 1975.
- ___: **Manuscritos económico-filosóficos de 1844**. Bs. Aires, Colihue, 2004.
- ___: **La sagrada familia**. Madrid, Akal, 2013.
- MARX, Karl y Friedrich ENGELS: **Manifiesto comunista**. Madrid, Akal, 2004.
- PEÑA, Milcíades: **Introducción al pensamiento de Marx**. Buenos Aires, 1958.



DIRÁN "HUBO GIGANTES AQUÍ"
IZQUIERDA, PERONISMO Y CLASE
OBRERA EN LOS '60 Y '70.

Theomai
libros

GEACH

Extramuros
ediciones